

# OBSERVACIONES ACERCA DEL “SERMO VULGARIS”\*

M<sup>a</sup> PILAR LOJENDIO QUINTERO  
Universidad de La Laguna

## SUMMARY

*The study of Vulgar Latin has been centred on the analysis of uneducated people's speech. Another way of looking at this question is to consider vulgar latin as the spoken latin independently of the degree of the speaker education. The aim of this paper is to show some features of Vulgar Latin used by Cicero in his epistolary literature.*

El término *sermo vulgaris* se utilizó ya desde la Antigüedad. Cicerón en *De Oratore* I, 12, lo define como *vulgare genus orationis*, lo que podríamos traducir como “manera corriente de expresarse”. M. C. Díaz y Díaz<sup>1</sup> señala que no hay un criterio cierto sobre el valor de *vulgo* sino que los autores antiguos admitieron como latina una palabra cualquiera sólo bajo la autoridad de los clásicos.

Muchos investigadores han advertido el carácter despectivo y peyorativo del término “vulgar”, que, no obstante, seguimos empleando, advirtiendo siempre, por supuesto, que está lejos de esa connotación. Se han propuesto otros adjetivos, cuya valoración es, sin lugar a

\* Este artículo está basado en la comunicación que hemos presentado en el XXIII Simposio de la Sociedad Española de Lingüística (Diciembre 1993).

<sup>1</sup> DÍAZ Y DÍAZ, M. C., 1951-52, pág. 215.

dudas, más positiva o por lo menos neutra: latín familiar, latín coloquial, latín hablado. Probablemente cualquiera de estos términos estaría en nuestra opinión más de acuerdo con su significado. En definitiva, no es el término más apropiado, pero es con el que, ya casi tradicionalmente, venimos operando.

Pero más importante aún que el término en sí mismo, es su significado, su contenido: ¿existe un latín vulgar? ¿a qué nos referimos cuando hablamos de latín vulgar? ¿cuáles son los elementos que caracterizan al latín vulgar?

Cada uno de nosotros como hablantes somos conscientes de los diferentes niveles de lengua que empleamos, según el auditorio, por ejemplo, o simplemente según las circunstancias que rodean nuestro discurso. El hablante, dejando a un lado, por el momento, el hecho de que se trate de un hablante culto o no, emplea consciente o inconscientemente variantes atendiendo a todas y cada una de las situaciones en que se expresa. Estas variantes no son sólo léxicas, aunque éste sea un campo considerablemente amplio, sino también sintácticas, fonéticas, morfológicas etc...

Abordar desde la perspectiva del hablante, o del habla, la lengua latina entraña no pocas dificultades: ¿en qué medida el material que conservamos da cuenta fiel de los elementos de habla en cualquier punto de la extensa historia del latín? En efecto, el material debe valorarse cuidadosamente con el fin de acercarnos lo más posible a esa realidad lingüística que es el latín.

Las fuentes son de naturaleza variada, pero hay que tener en cuenta que no podremos ni tan siquiera vislumbrar nuestro objetivo si tratamos cada una de ellas de forma aislada.

## LATÍN LITERARIO - LATÍN HABLADO

Latín literario y latín hablado no son entidades irreconciliables; como señaló, por ejemplo, hace años Ch. Mohrman<sup>2</sup>, ambas son inseparables. No obstante las diferencias que caracterizan a cada una de ellas resultan significativas.

<sup>2</sup> MOHRMANN, Ch., 1961, págs., 135-153.

La primera, el latín literario, según apunta J. Marouzeau, se resiste a las innovaciones conservando las formas del pasado: mantiene los diptongos, la aspiración, restaura la *s* final, etc.<sup>3</sup> Quizás la afirmación de J. Marouzeau sea excesiva; no cabe duda de que la lengua literaria también evoluciona, en mayor o menor grado, aunque sí cabría pensar que tal evolución se realiza con más lentitud, posiblemente porque, al poner en la forma artística su objetivo principal, su apego a la gramática es mayor que el de la lengua hablada.

La segunda, el latín hablado, destaca por su vivacidad: su carácter dinámico lo impulsa a transformarse constantemente, más apegada al uso que a las normas gramaticales. Puesto que se encamina a la comunicación, sigue los dictados de la espontaneidad, es flexible y explícito; de ahí que sus construcciones sean más simples.

Sin embargo, como hemos apuntado, no son entidades irreconciliables, ambas reposan sobre una misma realidad: la lengua latina. Latín literario y latín hablado serían, por tanto, dos niveles de una misma lengua<sup>4</sup>, cada uno de ellos, como hemos visto, con sus propias características.

Por ello, como destacó Ch. Mohrman<sup>5</sup> las influencias son continuas, ambas se superponen y subsisten. Por un lado, características vulgares aparecen en la lengua literaria (el estudio de G. Bonfante "Los elementos populares en la lengua de Horacio"<sup>6</sup>, por ejemplo, da buena cuenta de ello), y, por otro lado, en las inscripciones que parecen ser el testimonio más rico y, me atrevo a añadir, uno de los más espontáneos, se descubre la influencia de la literatura ejercida por la escuela como S. Mariner analizó en su estudio "«Loci similes» virgilianos en epígrafes hispánicos de reciente aparición"<sup>7</sup>.

Toda lengua hablada es patrimonio indiscutible de los hablantes; gracias a ellos y precisamente por ellos la lengua pasa de ser una mera

<sup>3</sup> MAROUZEAU, J., 1914, págs. 263-272.

<sup>4</sup> GRAUR, A., 1970, págs. 117-119.

<sup>5</sup> MOHRMANN, Ch. 1961, pág., 138.

<sup>6</sup> BONFANTE G., 1936-37, págs. 86-119, 209-247; 17-88.

<sup>7</sup> MARINER BIGORRA, S., 1960, 317-326.

modalidad normativa a convertirse en un hecho vivo y dinámico. Sin temor a equivocarnos podemos afirmar que la lengua está a merced de sus hablantes y sólo en ellos se realiza.

Nuestro objetivo es tratar el latín vulgar desde esta perspectiva, es decir, desde la perspectiva de los hablantes. Es cierto que tal procedimiento puede parecer exitoso sólo para las lenguas modernas, pero no es menos cierto también que disponemos de una gran cantidad de información acerca del mundo romano, por un lado, y una importante colección de fuentes, por otro. Gracias a este valioso material y al análisis pormenorizado de los hechos nos es posible conocer las tendencias del latín vulgar.

Si estamos de acuerdo en identificar el latín vulgar con el latín hablado, opuesto, por su naturaleza, al latín escrito, tendremos que considerar que todos los hechos de habla entrarían en el estudio del latín vulgar. En otras palabras, el latín vulgar no estaría limitado al habla de las personas o clases carentes de cultura, sino que, por el contrario, es una realidad más amplia donde cabrían las variantes étnicas, sociales y cronológicas.

Indudablemente existirían diferencias en el habla de las distintas clases sociales de Roma, pero no por ello se puede afirmar que las capas altas de la sociedad hicieran uso del habla cuidada que mantuviera el latín clásico. Probablemente determinadas tendencias del habla se producirían tanto en la población culta como en la que no lo era. El hecho de que no aparezcan en los textos generalmente “vulgares” puede demostrar, en último caso, la influencia de la escuela.

No sería un hecho sorprendente ni aislado, pues en nuestra lengua se producen estos fenómenos. En gran parte de la Península, por ejemplo, la consonante intervocálica de los participios en *-ado* se debilita con su consecuente pérdida, pero sólo un hablante inculto la escribiría tal y como la pronuncia. Junto a este fenómeno se producen también las hipercorrecciones.

En latín la *-s* final es suprimida en las inscripciones primitivas; según Cicerón el ensordecimiento de la *-s* final es “*subrusticum, olim autem politius*” (*Orator*, 161), es decir, “rústico, pero en otro tiempo ele-

gante". En el siglo I a. C. se restablece la -s final, probablemente por la función que jugaba tanto en la declinación como en la conjugación.

Como muestra de ello será interesante referirnos brevemente a algunas expresiones propias del lenguaje corriente y familiar que aparecen en el libro VIII de las *Cartas a Ático* de Cicerón; introducción, texto, notas e índices de Miguel Rodríguez-Pantoja Márquez, Murcia: Universidad, Secretariado de Publicaciones, 1991.

El uso de *censeo* con subjuntivo sin término introductorio, dependiendo casi siempre de la primera persona, es propio del habla coloquial, encontrándose en los cómicos y algún autor de la primera época; aparece también en el período clásico: en las cartas lo utiliza tanto Cicerón como sus corresponsales Pompeyo, Celio o Antonio; y, como dato significativo, hay que destacar el hecho de que lo encontremos también en la correspondencia de Horacio, Séneca y Plinio<sup>8</sup>.

1. *Nunc vero censeo ... venias ...* (Att. 1,4,1)
2. *...censeo tamen adhibeas Vettium.* (Att. 2,4,7)
3. *...te ad Crassum et ad Calidium conferas censeo.* (Ad Q.fr. 1,3,7)
4. *... ita censeo facias ...* (fam. 4,2,4)
5. *...Treviros vites censeo.* (fam. 8,13,2)
6. *...quos contemnas censeo.* (fam. 9,21,3)
7. *Qua re ad patres censeo revertare;...* (fam. 9, 21, 3)

<sup>8</sup> Cf. *Thes. l. lat. s.v.* El propio Cicerón emplea esta construcción en algunos discursos aunque de forma aislada (el *Thes* recoge un ejemplo en Verr., Cluent., Catil., Flacc., Planc., Lael., y Brut., y dos en Phil.), frente a los ejemplos que encontramos en las cartas tanto en las dirigidas a Ático como a su hermano. Además podemos encontrar este uso en autores como Salustio, Tito Livio, Séneca (*Quaestiones naturales*), etc... Un estudio detallado de cada uno de estos contextos podría clarificar el carácter de tal construcción, estudio que rebasaría aquí nuestro objetivo, y, que por su importancia, merecería ser objeto de otro estudio.

La frase coloquial:

8. ... *pedem porta non extulit.* (Att. 8,2,4)

9. ... *pedem porta non plus extulit.* (Att. 6,8,5)

10. ... *qui pedem porta ...* (Att. 7,2,6)

aparece en Plauto y en otros pasajes de las cartas a Ático.

*Quando* con valor temporal es un giro de la lengua coloquial

11. *At recuperabit rem publicam. Quando?* (Att. 8,3,4)

La frase:

12. *Nihil cognovi ingratius; in quo vitio nihil mali non inest.* (Att. 8,4,2)

por su estructura y la reiteración de formas negativas es muy propia del habla coloquial.

Como hemos intentado brevemente demostrar, los llamados “vulgarismos” no se encuentran únicamente en los considerados hablantes “incultos”. Si en un autor como Cicerón, que es sin lugar a dudas una de las figuras más representativas de la lengua latina, encontramos expresiones como las presentadas, el estudio del “latín vulgar” debe ser abordado desde otra perspectiva. Es necesario, por tanto, ampliar el campo de investigación en la medida en que el material que conservamos nos lo permita.

## BIBLIOGRAFÍA

- BONFANTE G., 1936-37: “Los elementos populares en la lengua de Horacio”. *Emerita*. págs. 86-119, 209-247; 17-88.
- DÍAZ Y DÍAZ, M. C., 1951-52: “Sobre formas calificadas de vulgares o rústicas en glosarios. Contribución al estudio de *vulgo*”. *ALMA* XXII. págs. 193-216.
- GRAUR, A., 1970: “Latin vulgaire?” *Act XII Congr. intern. de Ling. romanica* I. Bucuresti Ed. Academiei. págs. 117-119.
- MARINER BIGORRA, S., 1960: “«*Loci similes*» virgilianos en epígrafes hispánicos de reciente aparición”. *Emerita* XXVIII, 317-326.

MAROUZEAU, J., 1914: "Une antinomie: archaïque et vulgaire". *MSL* XXII 263-272.

MOHRMANN, Ch., 1961: "Les formes du latin dit vulgaire. Essai de chronologie et de systématisation: de l'époque augustéenne aux langues romanes", en *Études sur le latin des Chrétiens*. II, Roma. págs., 135-153.

